

de Leovigildo. El pueblo católico, el más numeroso, ilustrado y digno, se veía vejado y oprimido por el menor en número, saber y dignidad, y amenazado de perder para siempre el único consuelo que le quedaba. Era, pues, llegada la hora de que reinara la justicia, y Dios no la hizo esperar.

CAPÍTULO III

HERMENEGILDO

Los dos Príncipes hermanos

CAECIO por entonces un suceso que fué parte eficaz á levantar el generoso espíritu del pueblo español, haciéndole concebir risueñas esperanzas acerca de la realización de sus más caros ideales, por los cuales suspiraba tanto tiempo en vano: tal fué la conversión de Hermenegildo.

Llevado probablemente Leovigildo del deseo de vivir en paz con los Bizantinos, ó de adquirir influencia y poderío por medio de una alianza con los Orientales, casó en primeras nupcias con una hija de Severiano, gobernador griego de Cartagena. La familia de Severiano debió gozar de grande influencia en el país, cuando un personaje visigodo tan notable como Leovigildo emparentó con ella. Las crónicas han fingido parentescos imaginarios acerca de esta familia, que contribuyeron á hacer más oscuras las noticias de que podemos disponer: así Lucas de Tuy dice que Severiano era hijo del rey de los Ostrogodos, Teodorico. Lo que está perfectamente averiguado por autoridades no sospechosas, como san Isidoro, es que la esposa de Leovigildo, Teodora ó Teodosia, era hija de Severiano y hermana de los cuatro santos, Leandro, Fulgencio, Isidoro y

Florentina, de Cartagena. Por las venas de Recaredo y Hermenegildo corría, pues, sangre católica, y sangre distinguidísima. Ambos príncipes eran católicos, sin saberlo ellos mismos; porque la piedad de Teodosia había fortalecido el corazón de sus hijos con las riquísimas semillas de la virtud religiosa que atesoraba en su alma. En el regazo de aquella digna madre, nueva Mónica que consagraba sus hijos á Dios, rogando día y noche para que volviesen sus ojos á la luz de la verdad, ambos Príncipes habían aprendido, entre suspiros y caricias, á venerar la Divinidad de Jesucristo. Y lo cierto es que jamás hicieron actos exteriores contrarios á esta verdad, por más que practicaran el Arrianismo mucho tiempo, aunque es verdad que tampoco la proclamaron antes de los interesantísimos sucesos que siguieron. Si bien, por lo que se refiere á la educación de los Príncipes, no podemos apoyarnos más que en conjeturas, es casi evidente que debió suceder así, pues nadie ignora lo que es una madre sinceramente católica; y si á esto añadimos las circunstancias difícilísimas de aquellos tiempos de lucha, la renombrada piedad de los hijos de Severiano y el temor fundado que tendría aquella madre de que sus hijos perdieran la felicidad eterna, viviendo y muriendo en la herejía de Arrio, tales suposiciones adquieren una certeza moral difícil de destruir. Por otra parte, si las causas se conocen por los efectos, es preciso reconocer que fue-

ron tales cuales nosotros las suponemos. Porque la conducta de aquellos dos excelsos Príncipes se ajusta enteramente al espíritu católico. Apartados de la escandalosa disipación de aquellos tiempos, amándose entrañablemente, hasta el punto de no sentir jamás rencor por las distinciones de que fueron objeto por parte de su padre, Hermenegildo y Recaredo eran las perlas más preciosas que engalanaban la fastuosa Corte de Toledo. Mirábase su padre en ellos: buena prueba de su entrañable afecto fué lo mucho que se interesó por el porvenir de ambos. Si comparamos á estos Príncipes con otros, sus contemporáneos, notaremos enorme diferencia entre unos y otros. Porque mientras los Francos y Lombardos y los mismos Bizantinos vivían sumergidos en un hervidero de crímenes, infamias y vilezas, en tal grado que apenas había púrpura real que no estuviera manchada con los vicios que más deshonoraban á la humanidad, los Príncipes visigodos distinguíanse por la pureza de sus costumbres, la amabilidad de su carácter y generosidad de sus sentimientos. Su popularidad, aun entre los católicos, era inmensa, porque, aparte de todo, eran ellos hijos de una madre católica y sobrinos de Prelados católicos. Y acaso no fué debida á semejante popularidad, merecida en justicia, la circunstancia de que nadie fuera osado á resistir la determinación de Leovigildo de asociarse á sus hijos en el gobierno, con

el propósito evidente de vincular la corona en su familia? Determinación era ésta tan contraria á las leyes del pueblo visigodo, que por sí sola hubiera dado al traste con el poder de Leovigildo, si no se hubiera apoyado en las relevantes condiciones de sus hijos. Pues si bien es cierto que la autoridad y fuerza del Rey en aquel entonces eran extraordinarias, bueno es observar que, para aquel asunto, de nada le hubieran servido sin la aquiescencia de los próceres, en los que estribaba, por la particular constitución de la monarquía visigoda, su poder; pues cada uno de ellos tenía tanto derecho á la corona como los hijos de Leovigildo; y por nada de este mundo hubieran los nobles abdicado su más preciado derecho, garantido con la fuerza social que tenían en sus manos, si el mérito de Hermenegildo y Recaredo no hubiera sobresalido eminentemente sobre el de todos ellos, y si España entera no hubiera visto con regocijo semejante determinación.

II

Casamiento de Hermenegildo.

DOMINADOS los enemigos interiores, alzabase todavía una sombra allende el Pirineo, que, como la espada de Damocles, amenazaba constantemente la existencia del Imperio Visigodo. Las rivalidades de los hijos de Clotario I y las de Brunequilda y Fredegunda contenían por entonces la tormenta. Sin embargo, Leovigildo, siguiendo la política de sus antecesores, quiso alejar de su reino otra catástrofe parecida á las de Vouglé y Narbona, y concertó con Brunequilda el casamiento de Hermenegildo con Ingunda. Imposible hubiera sido encontrar una compañera tan digna del heredero de la corona de Toledo como la princesa franca. Joven, hermosa y pura, era su cuerpo espejo fidelísimo, donde se retrataba con admirable exactitud la excelencia de su alma. Hija de padres católicos, atesoraba la esposa de Hermenegildo gran caudal de fe y piedad en su inocente corazón. Cuando todavía la barbarie germana imperaba casi en todo su vigor entre los Francos, su padre, Sigeberto, distinguíase por una moderación impropia de aquel tiempo y de aquellas generaciones. Mientras sus hermanos, especialmente Chilperi-

co, vivían encenagados en el vicio con mujeres indignas de un rey y de un cristiano, Sigeberto, de costumbres puras y amante del bien y de la virtud, casóse con la princesa española Brunequilda, hija de Atanagildo y Galsuinda. Venancio Fortunato hace un cumplido elogio de la novia del rey franco, pues la llama «hermosa perla nacida en España, pura, elegante, casta, de modales distinguidos, de conversacion agradable y muy discreta.» De este matrimonio nació la esposa de Hermenegildo, quien la amó con sincero afecto desde el primer instante. El pueblo católico tenía además otros motivos para amarla: sabía que su padre había sido el príncipe más digno de su tiempo (Sigeberto había sido asesinado por Fredegunda en 576), y que su madre, á semejanza de la santa reina Clotilde, había educado á la joven princesa en el santo temor de Dios, embelleciendo su alma candorosa con todos los encantos de la virtud. Además, cifraban los católicos en aquella unión grandes esperanzas; y motivos fundados tenían para ello, pues el heredero del trono, aparte de la sangre católica que circulaba por sus venas, y de su carácter noble y generoso, y de su respeto por la religión de su madre, encontrábase en la ocasión más propicia para conocer de una vez la verdad, y erigirse en su valiente y decidido campeón. Y los acontecimientos que siguieron fueron más ocasionados á alimentar aquellas esperanzas que

á destruirlas: porque, como la fanática abuela Galsuinda hubiérase torjado la ilusión de que su nieta, siguiendo el ejemplo de su madre, abrazara la religión de su esposo, tratóla al principio con halagos, disimulando con artero cinismo la maldad de su alma. Pero ignoraba la pérfida arriana que los verdaderos católicos no apostatan nunca. Además, no podía traer á colación el ejemplo de sus hijas Brunequilda y Galsuinda, puesto que gravísimos historiadores afirman que Atanagildo fué, ocultamente al menos, católico. *Fidem Catholicam occulte tenuit, et christianis valde benevolus fuit* (san Isidoro). La verdadera fe no les era, pues, desconocida cuando abrazaron la religión de los reyes francos. Tenía además Ingunda un modelo por todo extremo admirable que imitar en otra princesa, franca y católica como ella, en Clotilde, mujer de Amalarico, martirizada de manera inhumana y lenta por su fanático esposo. Bien pronto comprendió Galsuinda que con mimos y halagos no lograría doblegar la firmísima voluntad de su nieta, y adoptó el método común, ordinario y hasta natural de toda clase de herejes y sectarios, la persecución, el martirio. Pero Ingunda no se arredró por esto: ardía viva en su corazón la llama de la fe; la conducta de su abuela tampoco la sorprendió, pues estaba prevenida, ya que al pasar por Agde, á su venida á España, el venerable Obispo de aquella ciudad, Frominio, la ex-

hortó ardorosamente á permanecer firme en la fe, pintándole con vivísimos colores el peligro inminente que había de perderla en una Corte hereje. Las Crónicas cuentan detalladamente el suplicio de la inocente víctima, sin que ésta exhalara una queja. Pero, enterado Leovigildo, dispuso que los jóvenes esposos se trasladaran á Sevilla.

III

Su conversión

Poco, pues, había durado la paz y la alegría en el palacio de Toledo. En 580 habíase efectuado el casamiento de Hermenegildo con Ingunda, no obstante afirmar algunos que se efectuó en 579, refiriéndose probablemente á los tratos. Quién dice que Leovigildo confió á su hijo el gobierno de Sevilla en 572, quién asegura que fué después de su matrimonio. Nos atenemos á la primera opinión por ser la más autorizada. Es muy posible que el pensamiento de Leovigildo fuera repartir entre sus hijos, siguiendo el ejemplo de los Francos, sus Estados: de aquí que les concediera autoridad real, al nombrarlos co-regentes, después de pacificada España. Hermenegildo marchó á Sevilla en 580, poco después de verificado su enlace; y su partida fué ocasionada, tanto por los disgustos domésticos cuanto por la conveniencia ó necesidad de encargarse de su gobierno. Instalados los príncipes en la hermosa señora del Betis, empezó Hermenegildo á comprender el inapreciable valor del sublime sacrificio de su esposa. No podía menos de notar la enorme diferencia que existía entre una religión todo humildad, abne-

gación y heroísmo, y otra brutal, orgullosa, estéril, egoísta y fanática: no tardaron en florecer las semillas que sembró en su corazón su santa madre; palpitaba en el fondo de su pecho el vacío insondable que produce el error, mientras el alma de su esposa se embriagaba con el abundante manantial de felicidad, de abnegación, de plácida calma y alegría regeneradora que engendra la piedad cristiana. Negaba el Arrianismo, y de aquella negación, como de todas, brotaban ruinas, persecuciones, infamias, espantosa soledad, odio y envilecimiento; afirmaba el Catolicismo, y de aquella afirmación fluía á torrentes la caridad, el amor, la virtud, la energía, el sacrificio, el vigor, la vida. La elección no era dudosa. Podía él entusiasmarse noche y día con el admirable ejemplo que aparecía á sus ojos, y refrigerar su corazón y enardecer su voluntad con el soberano tesoro de virtudes que encerraba el amantísimo corazón de su esposa. Agregábase á esto la feliz coincidencia de que su tío Leandro era Metropolitano de Sevilla desde 579. No hay duda de que, tanto este egregio Prelado, como Ingunda, trabajaron el ánimo de Hermenegildo para su conversión; por lo que no pudiendo éste resistir á las instancias de personas tan queridas, y sobre todo á sus motivos personales, esto es, á su propia convicción, abjuró públicamente el Arrianismo, é ingresó en el seno de la Iglesia. San Gregorio de Tours afirma que la

conversión de Hermenegildo debióse solamente á Ingunda, y que Hermenegildo tomó el nombre de Juan. Ambos extremos son falsos, especialmente el último, que combate con argumentos incontestables Ambrosio de Morales. Y dejando aparte tales razones, ¿por qué puso el Rey de Sevilla á su hijo por nombre Atanagildo, y no otro hispano-romano?